

## Algo sobre la elección de un tema

«La tarea de un escritor, me parece a mí, es, más que la de darse, la de borrarse en lo que escribe, de tal manera que en lo escrito sólo quede lo que puede ser de todos...» — C. LAFORET.

Si el escritor se borra, inhibe su personalidad de sus escritos en la falaz y semi-oculta quimera de perseguir un aplauso general. ¿qué quedará de su rasguear sobre el papel? Acaso sólo la fría objetividad de una estadística o un sensiblero discurrir por manoseados tópicos y ajados lugares comunes.

Aquel su intento, más que un halago a un público, ¿no fuera un humillante servilismo?

Si, como parece indicar C. Laforet, los escritores se deben al público, ¿donde radican estos deberes y en qué límites se encierran?

Todo aquel que empieza a escribir lo hace primero con auténtica y cerrada avaricia en cuadernos que se ocultan, en cuartillas que se rasgan y que engulle finalmente el fuego. Luego, siguiendo en pos de una tentación inquieta, ineludible, con ansias de compartimiento las hojas repletas de intimidades, —releídas una y mil veces—, pasan encogidas a las manos de algún amigo querido y venerado que, con su aserto y su elogio, nos induce a afrontar la prueba de contemplar los propios manuscritos en indiscretas letras de molde; y al choque que ello supone, se inicia un escribir temblando, temblando de miedo de incompreensiones.

De ese temor pueden nacer toda índole de equívocas concesiones a un público erróneamente imaginado.

De una u otra forma, superada la miedosa fase, penetra el escritor en un período de seguridad, y lanza sin servilismos y también sin pedantes arrojios, amparado por un renacido valor y una reafirmada humildad, sus pensamientos, sus ideas, sus preferencias y sus dogmas, urdimbre eterna de sus temas.

¿Cómo va a ser posible que se borre...? ¿Cómo va a ser factible su inhibición...?

# ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 13 DE JULIO DE 1950

## Se llamaba Giuliano...

**7 DIAS**

Era joven, fuerte, rico, atrayente, simpático...

Pero era un bandido. El mismo escogió su camino, hace ya algunos años, al matar a un policía en una escaramuza entre contrabandistas y la fuerza pública. Al correr los primeros años de la postguerra, la inmoralidad administrativa, el río revuelto, en suma, de Italia, diéronle campo suficiente para desplegar la bandera de sus fechorías, con las que ha dado el salto al otro mundo. Ahora

El escritor, para realizar su anhelo de comprensiones, para establecer un contacto de intimidad con sus lectores, debe cuidar los signos, los giros con que se exprese para facilitar un mínimo preciso de correspondencias, sean intelectuales, sensitivas o sentimentales, que salvarán la valla entre su personalidad y la ajena.

Al exponer con honrada sinceridad y a la vez huyendo de subjetivismos antirrepresentativos emociones, impresiones o concluyentes ideas, a mi entender, el escritor ya liquidó la deuda para con SU público.

Sea cual fuere el tema elegido, en él alatea, explícita o implícitamente, su personalidad y su mensaje; mensaje que no será captado por todos los lectores, sino solo por aquellos en los cuales se cumplan el mínimo exigido de afinidades. Desde luego, creo que es posible, a voluntad, extender el radio de un interés provocado. Pero en esa generalización el propio autor se sacrifica, esterilmente, en aras de nada.

Cierto es que en la aspiración de cada artista —y, a pesar de la frase, no es que uno se crea tal— existe un afán de universalidad. Pero, esta generalización extendida en y a través de todos los tiempos, será don, virtud, pero jamás cultivo.

En más modesta y asequible

que su cuerpo se pudre, enfiada su sangre latina por el plomo de las balas, al analizar sus hechos con absoluta imparcialidad, échase de ver que nada tienen de fantástico ni de extraordinario: robos a mano armada, asesinatos, secuestros, incendios... Así empezó y así continuó. Desde el principio tuvo buen cuidado de mantener un completo y eficiente espionaje en las montañas sicilianas, atrayéndose a los labriegos, leñadores y pastores o amedrentándoles con la amenaza de represalias si perdía su fidelidad. Cui-

aspiración, siempre será preferible contar con un sector del público, que no ambicionar un amplio y fácil aplauso si el precio de su cosecha fuese el vulgarizar los propios sentires; pues ello incluye el cercenar específicas características, el mutilar las estridencias de íntimos choques emotivos y toda suerte de celestinajes.

No se debiera presionar sobre el escritor con insinuaciones y ajenos frenos. Que elija libremente sus temas y como desarrollarlos.

Gustarán sus líneas a pocos o muchos; casi me atrevo a afirmar que este número no tiene importancia. Como tampoco la tiene, en esencia, que el Director del periódico, semanario o revista, nos rechace, gentilmente, algunos artículos.

El Director se debe al público, ciertamente. Es preciso que él sepa elegir lo que presenta del agrado de sus suscriptores y lo que crea que ratifique el carácter que ha querido dar a su publicación.

Y si es que caben ulteriores esfuerzos de comprensión al escritor y de simpatía y apoyo a las diversas publicaciones, esos corren a cargo del lector.

No olviden, los amables lectores, que sesteando poco podrán conseguir! —L. d'ANDRAITX

dó asimismo de que su cuartel general poseyera la máxima movilidad. Para asegurar más la resonancia de sus infames golpes fingió luchar por la independencia política de Sicilia, movimiento que ya lleva muchos años en acción y que rebrota a cada época postbélica.

Involucraba así sus fechorías en un movimiento ideológico de carácter romántico y soñador.

Giuliano era ante todo un hombre astuto y calculador. Imaginó que, sin una abundante publicidad, su figura no tendría el debido relieve. Así pues, tuvo especial interés en realizar de vez en cuando actos que nada tuvieran que ver con el bandolerismo en sí: de esta suerte socorre un día con dinero de su (?) bolsillo a una familia menesterosa... Penetra solo una perfumada tarde de septiembre en la finca de una duquesa italiana que veraneaba en Sicilia y obliga muy finamente a la dama a que le acompañe a la biblioteca para, ya una vez allí, escoger un volumen de poesías y llevárselo, no sin antes pedir mil perdones a la aristocrática señora y elogiar el buen gusto en la instalación de la villa... Más tarde recibe con todos los honores a una periodista sueca, la cual, una vez fuera de la demarcación del bandido, se deshace en elogios de su varonil belleza e inflamable espíritu amoroso... La sensibilidad de la mujer en general acrece el relieve legendario de Giuliano. Ya es famoso en todo el mundo. Ya entra a formar parte del devocionario popular...

Hasta que las campañas en la prensa británica, las puyas de la oposición y sobre todo las ironías sangrantes del «Paris ríre», al enjuiciar la desidia gubernamental en la persecución de Giuliano, deciden al ministro de Seguridad Mario Scelba, a emprender una campaña sistemática de exterminio. Uno a uno, si bien muy lentamente, caen los secuaces y lugartenientes de Giuliano. El cerco se estrecha. Todavía, estos dos últimos años, dió algunos golpes de audacia. Pero lo cierto es que ya se batía en retirada. Finalmente, cometió ha unos días su mayor crimen: aparejar un avión para huir de Sicilia, para escapar a su destino, contraviniendo la ley fatal que sujeta a quienes entraron en el camino de la leyenda —los grandes toreros, los grandes héroes, los grandes bandidos— a una muerte prematura y cruenta. Y a última hora cayó acribillado. Era fuerte, sereno, poderoso. Y se llamaba Giuliano...

J. V. A.